

QUÉ HAY DE LO NUESTRO

Madrid a un tiro de piedra

TONI SOLER

LA VANGUARDIA, 17.02.08

Sucursalistas. Uno de los principales argumentos de Pujol y Mas para mantener la Generalitat en su poder era el terror a que unas posaderas sucursalistas, es decir, del PSC, se sentaran en la silla de Macià y Companys. Aún recuerdo a los principales dirigentes de CiU, bastante sobreactuados, montando en cólera cuando Pasqual Maragall tomó posesión como president, y salió al balcón del Palau al lado de Rodríguez Zapatero. ¡Zapatero, que no era ni presidente, en el balcón del Ja sóc aquí! Ese gesto provinciano, cuyo recuerdo, hoy en día, debe dar más grima al propio Maragall que a Artur Mas, dio argumentos a CiU para denunciar la supeditación de la política catalana a los intereses españoles. Poco después, Zapatero ordenó la destitución de Carod como conseller en cap, y Mas pareció tener razón.

Cinco años después, las cosas han cambiado: ahora los convergentes pretenden que la Moncloa decida quién manda en Catalunya (y decida a su favor, claro, si no no tiene gracia). No es una petición clandestina, como cuando el pacto Mas-Zapatero, sino una exigencia planteada en estéreo y con total desfachatez. "Si CiU es decisiva en Madrid, a Montilla le quedan dos meses", señaló Pere Macias, en su nueva faceta de deslenguado portavoz. "¡Puede ser el principio del final del tripartito!", vaticinó poco después un desafiante Artur Mas.

CiU tiene todo el derecho a exigir respeto a su condición de lista más votada. Pero recabar la intervención de Zapatero atenta contra el principio mismo de autonomía. ¿Qué clase de nación somos, si la oposición (nacionalista) exige al Gobierno español que reemplace a un president designado por la mayoría absoluta del nuestro Parlamento? ¿Qué concepto tenemos de nosotros, y de la autonomía, si deseamos que venga el sheriff mesetario a decir cómo autogobernarnos?

Si Artur Mas quiere ser president, que se lo pida a los catalanes, y no a la Moncloa; o que se busque la vida pactando, como hizo José Montilla. Mal asunto, si tenemos que escoger entre unos que son sucursal, y otros que suspiran por serlo.

Vana esperanza. El instinto político y mediático de Esperanza Aguirre está fuera de toda duda. Además, la presidenta goza de una posición de fortaleza en el PP, así que su nombre es el mejor situado para suceder a Mariano Rajoy - si se diera el caso-. El último golpe de efecto de Aguirre fue plantarse en Lleida y anunciar que creará en Madrid un colegio público en catalán: Una teórica apuesta por la tolerancia, el bilingüismo y la España plural. Sería una iniciativa plausible (aunque llega algunos siglos tarde), si no fuera porque a) estamos en la absurda feria de la campaña electoral, b) a la señora Aguirre el catalán le importa un bledo - rectifico: preferiría que desapareciera de la faz de la tierra- y c) el único objetivo de su propuesta es destruir el modelo educativo catalán.

Como si la situación lingüística de Madrid y de Catalunya tuvieran alguna analogía, como si la situación del castellano aquí fuera comparable con la del catalán en la capital del Estado. Esperanza vana, pretensión ridícula, un subproducto típico de la campaña electoral, que Aguirre presentó en

Lleida con fingido convencimiento, mientras los dirigentes del PP catalán aplaudían fervorosamente.

La futura escola catalana de Madrid se llamará Presidente Tarradellas. Es el tipo de president que a ellos les gusta: Viejecito, entrañable y sin poder real. Ante tal audacia, la señora Aguirre se merece que la Generalitat cree en Catalunya un Colegio Madrileño y lo bautice, con dos cojones, IES Ruiz-Gallardón.